EN TORNO A LA PROBLEMATICA ACTUAL DE LA TEORIA HISTORICA

POR

ANTONIO JUTGLAR

Un extenso y agudo comentario de Richard Herr (1) al más importante estudio editado de Pierre Vilar (2), planteaba abiertamente y con gran sinceridad —hace ya un par de años— una serie de importantes cuestiones en torno a las concepciones no sólo metodológicas, sino también (y muy especialmente) concernientes al sentido científico y al objeto mismo de la Historia. Una serie de cuestiones que empalman con las que, por su parte y más recientemente, ha puesto sobre el tapete J. A. Maravall en una interesante introducción a uno de sus últimos y más importantes estudios (3) (y que complementan, asimismo, una serie de atinadas reflexiones del mismo autor en la tercera edición de su *Teoría del saber histórico* [4]). Indiscutiblemente, Pierre Vilar es una de las grandes figuras de la actual investigación histórica y representa una posición muy importante y ambiciosa en el marco presente de la teoría de la Historia; una posición que no puede desconocerse en absoluto y que, por otra parte, demuestra su oportunidad y empuje al promover polémicas y discusiones, mucho más complejas algunas de ellas de las que, por ejemplo, han presidido el enfrentamiento teórico de Vilar con R. Aron (5). No es, sin embargo, mi intención ni exponer aquí las ideas del profesor Vilar ni, menos aún, efectuar una crítica de las mismas (6). Deseo, tan sólo, aprovechar el posible ambiente de sensi-

(1) RICHARD HERR: «Sobre la historia catalana», en *Revista de Occidente*. Madrid, núm. 26, mayo de 1965, pp. 207-227.

(2) PIERRE VILAR: *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales.* 3 vol. París, 1962 (existe traducción catalana, en curso de edición).

(3) JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad.* Madrid, 1966.

(4) JOSÉ ANTONIO MARAVALL: *Teoría del saber histórico.* 3.ª edición, Madrid, 1967. De manera especial deben destacarse las observaciones efectuadas en las páginas referentes a la problemática actual: «La situación actual de la ciencia y la ciencia de la Historia», junto con el prólogo a la 3.ª edición y las referencias efectuadas en la introducción, etc.

(5) Véanse, por ejemplo, las referencias a la misma efectuadas en la obra de RAYMOND ARON: *Tres ensayos sobre la era industrial.* Barcelona, 1967, etc.

(6) Remito, por otra parte, a mis referencias críticas en *Miscel.lanea Barcinonensia* núm. XII, julio de 1966, pp. 67-69, y a mi artículo «Barcelona en la obra de Pierre Vilar. Apuntes para un estudio monográfico», en el núm. XV de *Miscel.lanea Barcinonensia.* Barcelona, 1967 (pp. 131-142).

bilización, en torno a la investigación histórica y al sentido y papel científico de la Historia, suscitado por la aparición entre nosotros de recientes ediciones de varios trabajos de Vilar (7) (así como por la publicitación de diversas polémicas en torno al pensamiento de dicho autor), para efectuar una serie de reflexiones acerca de la problemática actual de la ciencia histórica (8).

Historia económica e Historia total

Un punto de partida válido para enfocar, de algún modo, las reflexiones propuestas podría ser la consideración de las sugerencias de Herr, en el comentario antedicho, al tratar del planteamiento de lo que califica como «uno de los problemas más fundamentales y hasta ahora peor resueltos de la historiografía contemporánea». Concretamente se pregunta: «¿Cómo reconciliar los análisis de las situaciones económicas y sociales con una filosofía que acepte el libre albedrío del hombre? Si las circunstancias son la fuerza dominante de la historia, ¿para qué estudiar las acciones de los individuos? Si son los individuos, cada uno forzosamente distinto, quienes deciden la historia, ¿qué significa estudiar clases y condiciones? ¿Cómo unir las dos? Es el viejo conflicto del realismo y nominalismo, confundido con el de la predestinación y la libertad humana. Esperamos la llegada del historiador que encuentre una solución adecuada si existe» (9). Dejando aparte el hecho de una posible exageración de tono, creo que los interrogantes anteriores ilustran, muy significativamente, acerca de una serie de preocupaciones, tensiones y problemas existentes en el campo de la investigación histórica y que sería absurdo disimular. Sin embargo, pienso que el problema no consiste tanto en una supuesta reconciliación de los análisis de las situaciones económico-sociales con una filosofía del libre albedrío (ya que creo en la existencia de una conciliación entre dichos niveles) como en la forma de conseguir la valoración histórica —lo más objetiva y total posible— del papel del hombre dentro del marco estructural y circunstancial en que se encuentra ubicado y viceversa, conseguir la valoración exacta del marco estructural y circunstancial que rodea la aventura histórica del hombre.

---

(7) Concretamente, *Crecimiento y Desarrollo. Economía e Historia. Reflexiones sobre el caso español* (Barcelona, 1964), recoge una serie de los más importantes trabajos de Pierre Vilar.

(8) No pretendo, por otra parte, efectuar referencias a la panorámica actual de la teoría histórica de España. Confieso, sin embargo, que el tema es apasionante, revistiendo un extraordinario interés, a pesar de su escasa publicitación.

(9) R. Herr: *Art. cit.*, pp. 225-226.

Es decir, creo que no se trata tanto de especular sobre la manera de relacionar unas perspectivas y una metodología socio-económicas con una concreta filosofía, como de situarse en otro plano, intentando explicar *históricamente,* con la máxima aproximación posible, la realidad del hombre y sus circunstancias. Coincido, en este terreno, con Marx al plantearse la necesidad de la superación de unos esquemas filosóficos abstractos y desarraigados de la realidad (10), y opino que la «explicación» debe efectuarse a partir de los datos positivos, comprobados, que ayuden a conocer mejor al hombre, como protagonista de la Historia. En otras palabras, no se trata de montar una especulación sobre los supuestos abstractos de la libertad o la alienación humanas, para sintetizarlos con los datos socio-económicos, sino de elaborar una «teoría histórica» que tenga en cuenta todos los factores que intervienen en la historia humana.

No es tarea fácil, sin embargo, efectuar esta explicación y esta teoría históricas, máxime cuando —por ejemplo— las presiones y tentaciones estructuralistas (11) juegan cada vez más un papel sumamente confusionario y mixtificador, del que no se libran, incluso, los mismos marxistas empeñados en combatir el estructuralismo. No obstante, existen una serie de perspectivas —de conocimientos básicos, a partir de los cuales es posible efectuar hipótesis de trabajo válidas— suficientemente clarificadas, que permiten situar el papel fundamental del hombre como protagonista de la Historia, al definir las relaciones del individuo con la sociedad y al dibujar, asimismo, las líneas de la dinámica de una tensión dialéctica, que jamás puede ser olvidada. Así (a partir del hecho de que la sociedad no es un ente dotado de alguna forma de existencia aparte de los miembros humanos que la componen y establecida, por otro lado, la premisa de que, sociológicamente hablando, sólo existen los individuos humanos —unos individuos naturalmente sociales— y sus relaciones), podemos dibujar una primera plataforma de trabajo al afirmar, como principio, la vocación de todos y cada uno de los hombres a construir su propia vida social, su historia y la historia general. Ahora bien, es obvio —por otra parte— el hecho de que,

---

(10) Remito, por otra parte, a los análisis recientes del pensamiento filosófico y sociológico del marxismo efectuados por autores como Fougeyrollas, Morin Lacroix, Schaff o Lefèbvre. De manera especial remito —por otra parte— a HENRI LEFÈBVRE: «Sur une interpretation du marxisme», en *L'homme et la société* número 4, Paris, 1967.

(11) Es mi intención estudiar detalladamente, en otro trabajo, la proyección de la problemática derivada del auge creciente de las concepciones estructuralistas sobre las ciencias históricas. Remito, por otra parte, a los conocidos debates y puntos de vista de L. GOLDMANN, L. ALTHUSSER, J. LACROIX, R. GARAUDY, H. LEFÈBVRE, etc. De este último deben destacarse, especialmente, los siguientes trabajos: «Claude Lévy-Strauss et le nouveau éléatisme», en *L'homme et la société* número 2, París, 1966, y *Position: Contre les technòcrates.—En finir avec l'humanité fiction.* Paris, 1967.

paralelamente a dicha vocación y su subsiguiente esfuerzo de plasmación y realización histórica, los hombres no pueden, en realidad, construir su historia a partir de unas condiciones escogidas por ellos mismos (a partir de unas condiciones determinadas por un acuerdo, por una decisión de su voluntad), sino que su vocación histórica tropieza siempre con una serie de limitaciones y de interferencias que dificultan o condicionan la realización de sus proyectos personales. En otras palabras, el hombre (considerado tanto desde un aspecto social como desde una perspectiva meramente individual) es un ser activo, pero no agente con actividad plena, libre y consciente. Se trata de un ser activo sujeto a una serie de limitaciones, pero que precisamente a partir de la constante superación de las mismas tiene posibilidad de ser capaz de construir su particular y posible realización de libertad y de personalización.

En resumen, desde un primer momento —en el escenario de la historia— encontramos planteada la dialéctica constante entre las exigencias de la vocación de libertad del hombre y las realidades (naturales o estructurales) que obstaculizan la realización de dicha vocación. No es necesario, pues, fabricar ninguna filosofía del libre albedrío para la historia, ya que el impulso de la libertad es uno de sus motores esenciales, de forma que —dadas las realidades de la naturaleza (y paralelamente a las tensiones estructurales)— el progreso, tal como ha señalado Ch. Morazé, es siempre el resultado de la capacidad del hombre para realizar sus exigencias (es decir, para dar paso a la realización de su vocación de libertad), venciendo constantemente las dificultades de su condición en la naturaleza, a partir de su ingenio y de la utilización de los recursos proporcionados por la misma naturaleza (12). Y al hablar de naturaleza, nos referimos también a las estructuras de todo tipo. En otras palabras, para el historiador existe una primera comprobación indiscutible: la capacidad progresiva del hombre, sus-

(12) Véanse, por ejemplo, las referencias a este respecto de CHARLES MORAZÉ: *Principios generales de Historia. Economía y Sociología.* Barcelona, 1952. De manera especial, es significativo el siguiente texto: «El problema de su existencia obliga al hombre a pensar siempre en las innumerables exigencias de la naturaleza y a intentar satisfacerlas con los recursos de la misma. El hombre vive y se desarrolla en este sentimiento y esta acción. En esta primitiva condición, se halla el origen de todo progreso. El hombre busca mejorarla por un dominio más perfecto de las cosas, pero este mismo impulso crea en él necesidades y aspiraciones nuevas, de modo que puede resultar tanto más difícil para él ser dueño de sí mismo cuanto más fácilmente lo sea de lo que le rodea (...). Así el progreso técnico no desempeña necesariamente en la estructura económica el papel de factor de equilibrio. No obstante, tampoco es neutro: no llega a suprimir alegrías ni sufrimientos, pero cambia su lugar en la escala de valores. Forzando un poco las cosas, podríamos decir que todo nuevo descubrimiento engendra una nueva pasión; el hombre, en un cavilar cada día más profundo, amplía su naturaleza sin lograr nunca saciar las necesidades nuevas que son creadas por la satisfacción de las antiguas. El éxito de una técnica significa la exigencia de otra técnica. Las necesidades, tanto como las realizaciones, caracterizan el progreso» (pp. 38 y 39).

ceptible de afrontar y superar todo tipo de dificultades. En este sentido, ni las estructuras (o las circunstancias) son la fuerza fatalmente dominante de la Historia, ni existen tampoco los individuos, separados, solos, efectuando «misteriosamente» (metahistóricamente) una aventura histórica desencarnada de los problemas de la naturaleza y las realidades socio-económicas y desprovistas de contactos con el resto de los factores históricos.

Ahora bien, estas primeras consideraciones no impiden que pueda plantearse —y muy agudamente, por cierto— la cuestión del alcance y la función de los análisis e interpretaciones de las condiciones y situaciones económicas y sociales. A este respecto, por ejemplo, es interesante subrayar, en primer lugar, el interés de las observaciones del profesor Maravall al situar el papel de los conceptos económicos de «crecimiento» y «desarrollo» en la investigación histórica: «El resultado es que la mayor y más rigurosa parte del trabajo historiográfico y, sobre todo, aquella labor de los historiadores que tal vez ofrece más vivo interés en nuestros días, está constituida por las investigaciones sobre el "crecimiento". De la ciencia de la economía ha pasado esta noción a la historia económica —a una historia económica que es o debe ser plenamente ciencia social— y ha acompañado a ésta en sus primeros pasos, hoy iniciados, hacia una Historia total. Los conceptos de desarrollo y crecimiento preocupan al presente en todas partes» (13). Efectuado este primer y justo reconocimiento, prosigue Maravall: «Tales conceptos aparecen como el más vigoroso mito de nuestro tiempo. Del campo de la economía se proyectan en toda la esfera de la cultura y al ser contemplada ésta desde el punto de vista que esos conceptos proporcionan, se convierten ahora en categorías generales de la historiografía (...) Desde una base económica la idea de crecimiento se proyecta sobre la visión general de la vida. Ello lleva a replantear la interpretación del paso del tiempo histórico bajo la categoría de progreso» (14). Las anteriores observaciones conducen a centrar nuestra atención en torno a algunas de las concepciones capitales de la Historia económica (como premisa previa para el replanteo efectuado por Maravall) y, de manera particular, en torno a las concepciones históricas de Vilar, situadas muy significativamente en la línea renovadora que acabamos de apuntar.

Antes de detenernos en la consideración de algunos aspectos de las mencionadas concepciones, creemos —sin embargo— que, para centrar debidamente la cuestión, es necesario subrayar que buena parte de los modernos estudios históricos (y desde posiciones muy distintas) mani-

(13) J. A. MARAVALL: *Antiguos y modernos*, p. 4.
(14) *Id. íd.*, pp. 4 y 5.

fiestan indiscutiblemente una creciente preocupación no sólo por conseguir el máximo de rigurosidad posible en la comprobación de la autenticidad de documentación, fuentes y datos de todo tipo, sino también por abarcar zonas más amplias y al mismo tiempo más detalladas, más completas, más totales, de conocimientos de Historia. Ciertamente, la cual plataforma, conseguida por los más serios estudios de Historia, tiende abiertamente —e independientemente de cuál fuere la denominación de cada tendencia, escuela o método— a plantearse, de forma sistemática, la complejidad de los fenómenos históricos y a buscar la forma de conseguir aproximaciones lo más «totales» posibles a cada período histórico. En este sentido —por otra parte— no cabe duda de que la tarea del profesor Vilar es sumamente significativa, elocuente y ejemplar, pero —insistimos— su preocupación por una «Historia total» es compartida por numerosos sectores de investigadores (de formación, ideología, metodología y ubicación geográfica muy distinta). Efectuada esta primera precisión, es necesario reconocer que el caso de Vilar constituye una referencia ilustrativa muy válida e interesante, máxime cuando —por otra parte— se encuentra muy directamente comprometido a un enfoque marxista de la teoría histórica y trata de apoyarse en una pretensión y una premisa sumamente polémicas: «El fin lejano (...) —por desgracia muy difícil de alcanzar— sería un programa de Historia "total", que hasta este momento sólo el marxismo ha osado exigir y que coordinaría el espíritu de la investigación histórica» (15).

Paralelamente (y en lógica vinculación) a un enfoque marxista de la Historia, Vilar dibuja las líneas definidoras de su oficio de historiador, como diría M. Bloch, a través de la metodología de la Historia económica, entendida como historia coyuntural (16), o sea la Historia concebida, primordialmente, como el resultado producido por la interacción continua de las fuerzas económicas. De unas fuerzas de la economía, por otra parte, medidas estadísticamente, de manera particular a través de los niveles de los salarios y los precios, del comercio, de la producción, de la población, etc., y a base de unos índices calculados, siempre que ello sea posible, a partir de fuentes, tanto privadas como oficiales, susceptibles de aportar datos concretos, con preferencia a todo tipo de memorias, proyectos y opiniones que tienden a presentar errores con respecto a la exactitud de los hechos. Así planteada, la plataforma antedicha supone un punto de partida válido para acceder hacia la Historia total. A este respecto, nos dice Vilar que la Historia coyuntural reúne condiciones para superar, por ejemplo, la posición de Simiand

(15) PIERRE VILAR: *Crecimiento y desarrollo*, p. 24.
(16) Véase, por otra parte, las reflexiones de R. HERR a este respecto en el artículo anteriormente citado.

(«base de generalizaciones psicológicas o sociológicas») para poder fundamentar en ella «la más profunda Historia social, la de las clases en la dinámica de sus contradicciones, y por fin aclarar, en sus orígenes y su desarrollo, no solamente los movimientos económicos, sino los pensamientos, las doctrinas, las instituciones, los hechos. Habiendo probado su valía tendía hacia una Historia total» (17).

Es innegable que el concepto mismo de historia coyuntural y su esfuerzo de proyección hacia la historia de las clases y sus contradicciones como camino válido para la consecución de una Historia total, exige, de entrada, una serie de precisiones y explicaciones. A este respecto, Vilar trata de concretar en diversas ocasiones, especificando en una de ellas que «la tarea del historiador es justamente establecer (y tratar de hacer comprender) cómo se han presentado las condiciones objetivas del crecimiento, cómo las han aprehendido los individuos y los grupos, cómo las han utilizado por medio de un acto de conciencia más o menos claro, y cómo, por su misma acción, muy pronto han vuelto a crear, sin darse cuenta, otra red de condiciones objetivas no necesariamente favorables a una nueva etapa de crecimiento (18). Agregando, seguidamente, su interés por el análisis del «juego entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la necesidad y la decisión humana, entre la materia y el espíritu, entre lo que Sartre, después de meditar sobre Marx, llama un poco pesadamente la relación "de la praxis individual con lo práctico-inerte" y la relación del "grupo con la Historia"» (19).

Ahora bien, la obra fundamental de Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne* (extraordinariamente importante por muchos conceptos), no consigue presentar, en la práctica, todos los objetivos que en las líneas anteriores han quedado apuntados. Refiriéndose a dicha obra ha escrito R. Herr: «Si Vilar se hubiese limitado a un estudio de Historia económica, o "coyuntural" como prefiere llamarlo, habría producido una obra maestra. Parece que, después de haber planeado, investigado y quizá escrito la parte central sobre el XVIII, se le ocurrieron las ideas de "psicología de grupo" y "nación" que propone en la introducción. Trata de hacer el salto hacia la «Historia total», mas no consigue elevar

(17) P. VILAR: *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, t. 7, p. 17. Asimismo señala Vilar en otro trabajo: «La historia "coyuntural", en realidad, tal como la concibieron, en Francia, François Simiand y Ernest Labrousse, invita a un *análisis social* de lo más complejo (...). Ernest Labrousse, partiendo de la observación de los precios franceses del siglo XVIII, ha sacado *todas* las consecuencias de los movimientos *(largos* y *cortos)* de dichos precios sobre las *rentas* de las distintas categorías sociales, y, en consecuencia, sobre las *contradicciones de clase* que desembocaron en la revolución del 89. En este caso, el análisis "coyuntural" es la más perfecta lección de *Historia total* que se pueda desear» *(Crecimiento y desarrollo,* página 16).

(18) *Id. íd.*, t. III, p. 565.

(19) *Id. íd.*, véase por otra parte, las referencias complementarias a este respecto efectuadas en *Crecimiento y desarrollo.*

la totalidad de la obra a esta nueva altura» (20). El problema de cómo puede la historia económica convertirse en Historia total queda, pues, en pie. Evidentemente, los problemas en torno a la efectividad metodológica de lo económico, presidiendo de forma privilegiada el camino de la Historia total, surgen —de forma ineludible— a la hora de efectuar balance y examinar la realidad de las zonas de conocimiento histórico abarcadas efectivamente por las diversas manifestaciones de los trabajos de investigación. En este sentido, por ejemplo, no dejan de tener un relativo fundamento las reservas de algunos historiadores (21) (más o menos vinculados, parte de ellos, a determinadas concepciones de los estudios de *Humanidades,* hoy día en franca revisión) que señalan el peligro de una abstracción del factor humano —una desaparición del hombre como protagonista concreto y activo (y ello agradaría mucho a los estructuralistas)—; una abstracción surgida precisamente por el deseo mismo de conseguir y analizar el máximo de datos concretos posibles.

Así, por ejemplo, es posible argumentar que, a veces, la pretendida vocación a la «totalidad» y a la «concreción» se limita y confunde en unas exhaustivas investigaciones en torno a la fenomenología económica, tendiendo a reducir lo «total» a lo «económico» e, incluso, corriendo el riesgo —a fuerza de exagerar la suma de datos estadísticos, de plan-

(20) R. Herr: *Art. cit.*, pp. 218 y 219. En párrafos anteriores, por otra parte, después de afirmar que *La Catalogne dans l'Espagne moderne* «perdurará como obra fundamental de historia española», señala: «Sin embargo, nos deja algo desilusionados porque queda incompleto. Después de su estudio de las fuerzas productivas, preparatorias de la industrialización, el libro no trata de la industria catalana del siglo, ni siquiera del origen de la industria algodonera»; agregando: «Se echa de menos, aún más, una discusión de la "nación catalana" en esta época, sobre todo por ser uno de los dos temas centrales propuestos al principio de la obra.» Y aprovecha esta laguna para efectuar una crítica aún más directa: «También extraña la falta de tal discusión en el siglo xviii. El fenómeno "nación" casi no ha aparecido en la obra desde la Edad Media. En el xviii el nacionalismo catalán más bien parece retroceder (lo ha dicho Vilar más claramente en otro sitio —[se refiere a P. Vilar: «Histoire contemporaine de l'Espagne (XVIIIe. - XXe. siècles)», en *Revue historique* número 206 (1951), p. 300]—). No sólo pasa por alto Vilar el problema, sino que no se ve por dónde piensa luego atacarlo. En el fondo, a pesar de sus minuciosos detalles sobre las coyunturas —precios, intercambios, ritmos económicos—, apenas si se ve, en la parte central del libro, donde trata del siglo xviii, una teoría de causación histórica, una filosofía de la historia. Vilar se da bien cuenta de la necesidad de una filosofía (...). Pero la práctica de Vilar no cumple estas promesas (...) ¿cómo pasamos (...) del fenómeno "industria" al fenómeno "nación"? ¿Basta decir como Marx, que la burguesía aprende el nacionalismo en el mercado? Falta contar con la psicología del grupo, con la mentalidad, conforme Vilar propone, pero apenas toca» (art. cit., pp. 217-218). A este respecto, remito a las observaciones y notas que he efectuado en *Catalunya: primera aproximació,* en colaboración con A. Pérez González.

(21) Una muestra de actitud antieconómica (y antisocial) respecto a la Historia lo es, por ejemplo, la sostenida por A. Latreille en «Histoires de l'Humanité» *(Le Monde* núm. 7.031, del 22 de julio de 1967), al criticar duramente los resultados a que llegan los historiadores que, según él, se esfuerzan por tratar a los pueblos y las civilizaciones al margen de las crónicas de las guerras o de los debates políticos, o de las aventuras de los grandes de este mundo, etc.

teamientos econométricos, de cálculos más o menos matemáticos y de consideraciones excesivamente detallistas y alejadas de los aspectos no económicos de la Historia— de asfixiar la vital aventura humana en un mar de cifras y de datos, despersonalizados y difíciles de colocar, significativamente, en una perspectiva más amplia. Es evidente que, en el terreno de las elaboraciones históricas, todos los extremos pueden conducir a exageraciones perniciosas. Por otra parte, los mismos argumentos que ciertos «totalizadores» han venido exponiendo en contra de los estudios de Historia social (22) podrían volverse por pasiva y ser aplicados en contra de una visión excesivamente económica de la Historia. Un exceso que ciertamente no equivaldría a lo que se necesita para conseguir una Historia total. No tengo, sin embargo, intención de polemizar a este respecto. Creo, además, que en el actual estadio de las ciencias sociales y humanas —especialmente en España— no sólo sería negativo entablar polémicas en este sentido, con la consiguiente pérdida de un tiempo y unas energías que son preciosos para otras tareas ineludibles, sino que, además, la aportación de la perspectiva «totalizadora» desde la Historia económica es extraordinariamente interesante y proporciona materiales positivos de gran importancia.

Ello no significa, sin embargo, que no creamos conveniente plantear una serie de reflexiones que pueden ayudar a clarificar la problemática actual de la teoría de la Historia. En este sentido, refiriéndose a la posibilidad de la Historia total, ha escrito Maravall: «Hay que hacer Historia pensando en que se trabaja en el cuadro de una Historia total, organizando los problemas y las conclusiones en la perspectiva integradora de aquélla. Pero la Historia total no se puede construir. Es más,

---

(22) Especialmente, al pretender confundir y reducir toda la labor de los especialistas y estudiosos de la historia social a una burda «recomposición de la historia política clásica (vistiendo con «trajes nuevos a personajes viejos»). El método del número, del índice y del porcentaje podría, asimismo, considerarse como un traje nuevo para una visión vieja. Como se dice, todo depende del color del cristal... Precisamente, también, a este respecto ha señalado el propio P. Vilar, entre otras observaciones, lo siguiente: «Dos peligros amenazan la existencia de la "historia económica", encasillada ya muchas veces en callejones sin salida. El primer peligro procede de ciertas escuelas de economistas que para demostrar alguna verdad abstracta y elemental, aplican a series estadísticas retrospectivas, frágiles o mal criticadas, tratamientos matemáticos cuyo empleo no llegarían a justificar ni las series estadísticas más modernas y seguras (...). El segundo riesgo radicaría en creer que, no pudiendo *calcular*, es imposible *razonar*. Esta es la actitud ordinaria de la tradición positivista clásica. El historiador se habría de contentar, tanto en el campo económico como en los demás, con la recopilación de "hechos", y la "especialidad" del historiador de la economía, en la disciplina histórica, se reducirá a otro compartimiento estanco, junto al compartimiento "diplomacia", al compartimiento "instituciones" o al compartimiento "arte". Personalmente he dedicado un sostenido esfuerzo, así en la investigación como en la enseñanza, para romper semejantes barreras y para luchar contra el doble peligro ya indicado: usos injustificados del cálculo económico en la historia, reconstrucciones históricas demasiado ligeras en la economía» (*Crecimiento y desarrollo*, pp. 10-11).

sospechamos que pretender otra cosa significaría salirse de los límites constitutivos de la labor historiográfica» (23). Asimismo, señala: «Los resultados de la historia económica son necesarios, pero no bastan, no son toda la Historia, y si hay que tomarlos en consideración, no menos hace falta comprobarlos con los de otros campos de investigación. Hay que hacer también la otra parte de la Historia. "La filosofía no es exterior al mundo", ha escrito ciertamente Marx, y en la misma medida en que es necesario conocer el mundo para conocer también su filosofía, hay que penetrar en el conocimiento de esa filosofía para conseguir el del mundo. Aunque aceptáramos la consabida división entre infraestructura y superestructura (24), tendríamos que reconocer que si ésta es condicionada no menos es condicionante, y sin su estudio no se puede llevar a cabo el de la base que los marxistas gustan de llamar real (el hombre real, la situación real de la producción, la realidad del mundo, etcétera)» (25).

Es decir, entre otros problemas, no queda sólo en pie la cuestión anteriormente apuntada del salto de la historia económica a la Historia total, sino que en el planteamiento mismo de la explicación total de la Historia, aparece dibujada como problemática no resuelta la del alcance y función de los análisis e interpretaciones de las situaciones económicas y sociales a que nos hemos referido al principio de este artículo. Evidentemente, el problema del alcance y función mencionados (muy unido, por otra parte, a la problemática del «sentido de la Historia») permanece como cuestión no resuelta y al propio tiempo sumamente polémica, máxime cuando una abusiva afición a las estadísticas, los índices y los porcentajes puede hacer perder de vista (o deformar) los objetivos básicos de la investigación.

En efecto, apuntando directamente a uno de los aspectos centrales del problema, J. H. Elliot planteaba, hace algún tiempo, una cuestión sumamente delicada y que no puede menos que inquietar a muchos historiadores: «Aunque admiro enormemente a Braudel mismo y a su obra —decía Elliot—, también pienso que en manos menos capaces puede conducir a resultados desafortunados. Me preocupa especialmente la tendencia creciente de introducir las sumas en la Historia, como si las máquinas computadoras tuvieran todas las soluciones. Creo que el

(23) J. A. MARAVALL: *Antiguos y modernos*, p. 19.

(24) En la tercera edición de su *Teoría del saber histórico*, escribe Maravall: «Mi inteligente amigo Francisco Fernández Santos me objeta no dar el suficiente relieve al concepto de estructura en Marx en estas páginas. Tal vez tenga razón. Pero hay una fundamental diferencia entre lo que el marxismo llama *estructura* como una condición de la realidad y lo que nosotros (...) entendemos bajo este mismo término (p. 178). Creo que la puntualización antedicha debe ser tenida especialmente en cuenta a la hora de situar la distinta acepción que un mismo término pueda tener para autores diversos.»

(25) J. A. MARAVALL: *Antiguos y modernos*, p. 9.

contar recibos de aduanas y demás está pasando de la raya. En fin de cuentas, no todo se puede reducir a números. La decadencia de España no se puede medir aunque se diga lo contrario. Si los historiadores no pueden librarse de su obsesión actual por las matemáticas, temo que tengamos días muy negros por delante» (26). Comentando estas palabras de Elliot, escribía Herr: «Se refiere probablemente a la obra abrumadora de Pierre y Huguette Chaunu sobre el comercio de Sevilla», añadiendo seguidamente, «pero su crítica es aplicable a la obra de Vilar» (27). Por su parte, Morazé señalaba, hace ya bastantes años, que «la Historia económica no debe limitarse a sacar a la luz recopilaciones de cantidades» (28), al propio tiempo que precisaba muy claramente: «Desde luego, las estadísticas de palabras son de empleo tan delicado que deben generalmente proscribirse. En el conocimiento completo y profundo de un período es donde descubriremos el sentido de su vocabulario. Más delicado es quizá aún el empleo de datos numéricos. Su efecto es engañoso, pues dan la ilusión de una objetividad científicamente valorada, cuando en realidad encubren a menudo el resultado de la parcialidad, de la indolencia o de la voluntad de fraude. Por lo demás, incluso con el mejor deseo, es excepcional que una estadística sea exacta, pues descansa sobre la definición de una unidad que raramente es lo bastante precisa para ser interpretada de igual modo por todas las personas interrogadas» (29). Completando las anteriores reflexiones, subraya, por último, Morazé: «En esta materia, la apariencia de una ilusoria objetividad encierra el mayor peligro de ser contraria a la objetividad misma, cuya mejor garantía se halla, una vez más, en la experiencia personal nacida al contacto de los más diversos aspectos posibles de esas realidades permanentes de la vida humana» (30).

---

(26) Véase «Interviews with Historians, John H. Elliot», en *Journal of Historical and Social Thaght*. Nueva York, núm. 1, abril 1964, pp. 18-24.

(27) R. Herr, *art. cit.*, p. 219.

(28) Ch. Morazé, *ob. cit.*, p. 210.

(29) *Id. íd.*, p. 37.

(30) *Id. íd.*, p. 38. Por su parte, Vicéns Vives señalaba: «La mayoría (de historiadores), especialmente los historiadores de la Economía, han creído que la Historia podía encasillarse en los rígidos marcos de la estadística. Y de hecho han sido ellos los prisioneros de un sistema que les impedía agarrar la realidad histórica vital detrás de los barrotes acerados de sus promedios y coordenadas» (prólogo a *Principios generales de Historia, Economía y Sociología*, de Ch. Morazé, autor citado, p. 6).

Las disquisiciones en torno a la problemática de la Historia económica y a la pretensión de su ambicioso (apasionante y necesario) salto a la Historia total, serían interminables y correrían el riesgo de convertirse en estériles bizantinismos si no se efectúa el esfuerzo de situar las cuestiones discutidas en las primeras perspectivas que ilumina cualquier reflexión seria e inteligente de la teoría de la Historia. Nos referimos, en este sentido, al papel (apuntado en las primeras páginas de este trabajo) de la vocación humana a la libertad. La tensión dialéctica entre lo que existe y lo que se desea que exista; el enfrentamiento dinámico entre los intereses de lo constituido (con pretensión a la inmovilidad y a la estabilidad) y el deseo constante e irrenunciable del hombre a mejorar su condición, de manera que pueda continuamente disponer de plataformas más aptas para el desarrollo de su libertad (31), otorgan un sentido concreto a la noción de progreso y sitúan la trayectoria fundamental del desarrollo histórico.

Una trayectoria básica que abre unas perspectivas extraordinariamente sugestivas y aprovechables para dibujar los caminos hacia la pretensión histórica de totalidad, a partir de la consideración sistemática del papel del hombre como protagonista esencial del proceso histórico. Una consideración sistemática que —tal como hemos apuntado anteriormente— debe tener en cuenta, en su punto de partida (y en el planteamiento básico del enfoque que sitúe la problemática de las relaciones entre los hombres concretos y sus «estructuras» y «circunstancias»), el hecho, ya mencionado anteriormente, de que cada hombre es portador de un anhelo innato de construir su vida social, su historia personal, e, incluso, la Historia general. Sin embargo —y en tenso y difícil contraste—, paralelamente a dicha vocación, a dicha tarea de realización histórica, debe situarse —según hemos señalado ya— la acción (y el peso) sumamente importante de una serie de fenómenos demostrativos de que, a pesar de sus deseos, los hombres no construyen la Historia a partir de unas condiciones escogidas por ellos mismos, sino que existe un conjunto de obstáculos que dibujan y condicionan una fundamental tensión dialéctica, de tal manera que —según hemos expuesto antes—, el hombre, tanto social como individualmente, si bien

(31) Remito, en este sentido, a mi exposición en «A propósito de la historia de las ideas y de los hechos sociales».

es un ser activo, en la práctica no puede actuar como agente dotado de actividad plena, libre y consciente (32).

Situándonos, pues, en esta primera perspectiva, el estudio de la realidad histórica muestra —a cada paso— el testimonio de la actividad del hombre, sujeta y limitada (pese a su voluntad) por una serie de condicionamientos, cuya superación le permite construir su plataforma de concreta realización de libertad. En este sentido, precisamente, es como debe ser entendida —por ejemplo— la idea de Marx respecto al hombre autor de su propia historia (33). El hombre, pues, realiza su vocación histórica en tanto en cuanto consigue superar los obstáculos, las limitaciones, que se oponen al ejercicio de su libertad. En este sentido, también, es posible señalar —pongamos por caso (e ilustrado acerca de una básica dimensión histórica)— que entre la vocación social del hombre (o sea, aquello hacia lo cual se tiende) y su experiencia social (aquello que de hecho se realiza) media el juego de lo que podríamos denominar, de forma más o menos inexacta, como determinismos sociales.

La Historia debe tener en cuenta, de manera fundamental, la problemática de la libertad y su papel dinámico y decisivo. En resumidas cuentas [y ello está en la base de los trabajos de Marx y Engels (34)], toda economía está en función de una concepción y de una realidad de la libertad (o de la falta de libertad). Creo que esta fundamentación es esencial. Por ello la lectura de diversos trabajos de Historia económica —con pretensiones de Historia total— produce un cierto desencanto, dando la sensación de que ha quedado olvidada alguna cosa importante, al igual de lo que ocurre con la mayoría de los estudios de Historia política, de Historia de las instituciones, de Historia de la cultura, etc. No se trata solamente de una innegable insatisfacción ante la no realización de un ideal de «totalidad», sino que, además, se vive la sensación de que, entre tantos análisis coyunturales, tantas consideraciones estructurales, tantas referencias a la evolución de los salarios y los precios, etc., el hombre y su vocación de libertad han

---

(32) Véanse, a este respecto, las numerosas referencias, efectuadas, desde ángulos muy distintos, por autores como Merleau-Ponty, Sartre, Gurvitch, Lukàcs, Lefèbvre o A. Schaff. Con referencia a la concreta teoría histórica, remito también a las observaciones de J. A. MARAVALL: *Teoría del saber histórico,* 2.ª parte, capítulo VII, «La Historia como liberación», etc.

(33) De manera especial en *Ideología alemana.*

(34) Remito, en este sentido, a lo expuesto con mayor detalle en un trabajo mío en preparación, «En torno al sentido de la Historia en el marxismo», en el que —por otra parte—, dedico una particular atención al conocido artículo de Pierre Vilar «Marxisme et histoire dans le développement des sciences humaines. Pour un débat méthodologique», en *Studi Storici,* I, núm. 5, 1960 (pp. 1008-1043), con traducción española en *Crecimiento y desarrollo,* pp. 449-493.

quedado relegados a un lugar secundario, cuando no han quedado completamente olvidados (35).

No se trata (ello es evidente) de efectuar retóricas y abstractas referencias a la libertad, sino de situar en cada coyuntura, en cada período, el problema del hombre en lucha contra los obstáculos que se oponen a la realización de su papel histórico. Se trata de presentar cómo la evolución de las estructuras, la dinámica de la vida social y económica influyen (ayudando o dificultando) en el proceso de concreción de la vocación de libertad de los hombres. En otras palabras, se trata de dibujar específicamente las líneas concretas del proceso de humanización (en tanto en cuanto la humanización, el proceso de hacer más humano al hombre, la personalización, constituyen la manifestación de la realización de la mencionada vocación de libertad), etcétera. En este sentido, en varios de los trabajos a que me he referido se encuentra a faltar una consideración seria y sistemática de la perspectiva histórica de la libertad. Una consideración que, en su día, por ejemplo, fue afrontada desde un ángulo muy concreto (abriendo extraordinarias perspectivas a todas las ciencias sociales y humanas) por Marx y Engels y que ha venido preocupando a autores muy diversos, desde Lukàcs, o desde Schumpeter, a Baran, Wright Mills, Marcuse, Mandel, Goldmann, Röpke o Aron, etc. Es decir, ha venido preocupando (y preocupa) a una gama muy diversa (y antagónica) de intelectuales (36). Los análisis coyunturales, la consideración de las coherencias económicas, la valoración de las permanentes geográficas, etc., toda una compleja y positivísima metodología, no bastan por sí mismos para afrontar y situar históricamente el problema de la libertad.

---

(35) Por otra parte, y con respecto a las realizaciones marxistas en este terreno, tiene interés la opinión de Sartre, puntualizando diversos extremos que hemos expuesto en las líneas anteriores: «En este *non man's land* cultural que es actualmente el marxismo, me parece un poco presuntuoso, mi querido Garaudy, que nos esperéis con los brazos cargados de flores y la cabeza llena de saber, como si fuéramos hijos pródigos. La verdad es que hemos escogido un sector de investigación y vosotros otro; que nuestro acuerdo formal es completo (así, no nos pelearemos si por casualidad nos encontramos) y que no debemos hacer otra cosa, tanto unos como otros, que desbrozar esta landa árida. Por mi parte, estoy convencido de que sólo investigaciones concretas permitirán a la filosofía que produce todos nuestros pensamientos, enriquecerse y manifestar dialécticamente sus verdaderos problemas. Por añadidura, me parece que en este campo hemos conseguido una cierta ventaja; *nos ocupamos de los hombres y me temo que vosotros los habéis olvidado.*» (Véase texto completo en P. GARAUDY: *Perspectives de l'homme.* París, 1960, pp. 111-113. Existe traducción castellana.) Vilar trata de contestar a estas palabras de Sartre en el artículo *Marxisme et histoire,* anteriormente citado, aunque la fortuna no le acompaña en la medida que seguramente hubiera deseado. Máxime, cuando en dicho artículo, la enemistad vilariana hacia las tesis de Aron le ha restado imaginación para rebatir otras posiciones menos funcionalistas y aburguesadas.

(36) Remito a mi artículo «A propósito de la historia de las ideas y de los hechos sociales», anteriormente citado.

En otras palabras, el progreso técnico y científico, el crecimiento y el desarrollo económicos, la accesión de núcleos sociales más o menos amplios a plataformas mejores de bienestar, etc., no acaban de explicar —ni mucho menos— todo el contenido de la aventura histórica (37). No acaban de proporcionar la clave total de la realización (o no realización) de las vocaciones humanas. De unas vocaciones, que, insistimos, giran en torno al anhelo de libertad. En este sentido, la consideración de los anhelos personales (y constantes a lo largo de la Historia) nos demuestra —palmariamente— que la libertad y la felicidad son objetivos consubstanciales a la aventura humana, a la realización vital de todos y cada uno de los hombres (38). Esta comprobación nos sitúa de lleno en el horizonte «humanista» que debe tener la Historia. En efecto, la historia del progreso, del crecimiento, del desarrollo, etc., sólo puede tener un auténtico sentido en tanto contribuya a explicar y a dibujar el progreso humano, el crecimiento humano, el desarrollo humano, que (no hace falta pensar ni estudiar mucho para comprenderlo) abarcan mucho más —y son muy diferentes (además)—, por ejemplo, que el desarrollo del capitalismo mercantil, del maquinismo, del capital financiero, de la producción, etc.

Es indiscutible, por otra parte, que sin los extremos anteriores, sin conocer los mecanismos que condicionan las relaciones entre los hombres; sin conocer las formas y el mecanismo de la producción, la realidad de la propiedad y sus relaciones con las formas y la remuneración del trabajo; sin conocer las realidades demográficas; sin tener noticia exacta de las tensiones y problemas de trabajo, producción, beneficios, salarios y consumos; sin tener en cuenta las disponibilidades y limitaciones económicas de un grupo social concreto, etcétera (39), es imposible adquirir una sensibilidad y poseer una plataforma de aproximación, susceptibles de situar mínimamente la antedicha problemática del desarrollo y el progreso humanos. No hace falta insistir acerca de consideraciones tan elementales y obvias. La

(37) Véase a este respecto el testimonio de Ch. Morazé, *ob. cit.*, p. 39. Por su parte, P. Vilar, en el artículo anteriormente citado, «Marxisme et histoire», reconoce la importancia de «la historia espiritual de una sociedad», al propio tiempo que reconoce en otro trabajo —*Crecimiento económico y análisis histórico*— que «está por hacer una historia de las relaciones entre crecimiento e ideología del progreso» *(cfr.* concretamente con las referencias textuales en las pp. 449 y 135, así como con lo expuesto —a este respecto— en el prólogo, de *Crecimiento y desarrollo).*

(38) Morazé habla, concretamente, de que «se encuentra indefinidamente aplazado el problema de la felicidad, eternamente anhelada, sin embargo» (Obra citada, p. 39), al propio tiempo que afirma: «El hombre trabaja para su felicidad» *(Id. íd.).*

(39) Concretamente, debe insistirse en la importancia de la *triple educación* del historiador, de que nos habla Vilar: especialmente debe subrayarse la necesidad de «una sensibilidad para la interacción continua entre los factores históricos» *(Crecimiento y desarrollo,* p. 35).

libertad (o la falta de libertad) sólo puede medirse, sólo puede ser captada y valorada a partir de datos concretos, de referencias empíricas acerca, por ejemplo, del hambre, las enfermedades, los alimentos, el trabajo, la producción, la riqueza, la pobreza, las diversiones, las preocupaciones individuales y colectivas, el nivel de la instrucción, las posibilidades de expresión y de comunicación de ideas, etc. Todo un complejo conjunto de hechos, de intenciones y de ideas que muestran la vinculación existente entre todos los fenómenos y factores que componen la vida personal y social de los hombres. Fenómenos y factores, tanto de índole material como espiritual, que se encuentran muy directamente ligados a la conciencia (o a la falta de conciencia) que tiene cada hombre de su vocación de libertad y de los medios de que dispone (positivos o negativos) para ejercitarla.

Prosiguiendo la exposición de las líneas apuntadas, se comprueba sin dificultad que las continuas aportaciones de los estudiosos han venido enriqueciendo —desde ángulos muy distintos— el cúmulo de conocimientos históricos, permitiendo (cada vez más) aproximaciones más válidas a la realidad del hombre a través de los tiempos, situando con mayor precisión los grandes hitos que jalonan la aventura humana (precisando, por ejemplo, conceptos y clarificaciones fundamentales a la hora de intentar comprender la acción del hombre sobre la naturaleza, la relación entre la obra humana, transformadora de las realidades naturales, y la vocación de progreso y libertad que cada individuo lleva en su interior, como explicación y como motor básico de su existencia). En este sentido, frente a fáciles tentaciones estructuralistas (40), pongamos por caso, la Historia aporta elementos preciosos (y una específica sensibilidad humanista) para la comprensión del progreso humano, situando y valorando la medida efectiva y auténtica del progreso según el grado real (tangible) de nuevas posibilidades otorgadas a hombres concretos (y a grupos sociales determinados) para poder ejercitar con mayor desenvoltura su vocación de libertad.

Las diversas y continuas aportaciones de los investigadores de la Historia ayudan, pues, a clarificar las realizaciones humanas en todos los campos, situando y valorando las posibilidades (concretas, efectivas) de realización de la libertad, al propio tiempo —y ello creo que debe ser subrayado de forma notable— que se comprueba que las mencio-

---

(40) Remito, a este respecto, a mi artículo, en preparación, acerca de la proyección del estructuralismo en la actual panorámica de las ciencias históricas. Véase, asimismo, lo expuesto en la nota 10 de este mismo trabajo. También los volúmenes publicados por Ed. Mouton, referentes a los trabajos del «Centre culturel international de Cérisy-la-Salle»: *Genèse et Structure, l'Homme et le Diable, L'Histoire et ses interprétations, Entretiens en marge de la science nouvelle,* bajo la dirección de M. de Gandillac, Max Milner, Raymond Aron, René Poirier, etcétera.

nadas posibilidades de realización de dicha vocación de libertad, así como los acicates que impulsan la acción liberadora, se encuentran entrañablemente vinculados al aumento de envergadura del papel desempeñado por la razón, convertida en fundamental centro y guía de la acción humanizadora. Es indiscutible que el incremento del papel de la racionalidad en el proceso histórico da una de las medidas más seguras del progreso y sitúa una serie de etapas decisivas en la mencionada realización de la acción humanizadora y transformadora de las realidades naturales. En esta línea situamos el proceso de humanización de la tierra: El hombre inteligente, el hombre capaz de saber siempre más, de inventar cosas nuevas, de superar continuamente nuevos y más complicados problemas, de afrontar crecientes necesidades, etc.; este hombre racional es el protagonista de la historia. El es quien construye —a pesar de limitaciones y dificultades de todo tipo— la trayectoria de crecimiento, de desarrollo y de progreso.

Es decir, creemos que el hombre —en tanto toma conciencia de su realidad, de su vocación y de sus posibilidades— comprueba que dicha toma de conciencia se encuentra muy condicionada (facilitándola o dificultándola) por fenómenos de todo tipo, a partir de los cuales surge uno de los elementos básicos de la dialéctica que preside la realización del progreso histórico. Evidentemente, las perspectivas apuntadas empalman con el planteamiento diverso de las corrientes historicistas, dando un relieve especial —por ejemplo— a la problemática dibujada por la famosa proposición diltheyana: *cuanto el hombre es, lo experimenta sólo a través de la historia* (41), y abriendo el paso a un enfoque inverso de la cuestión: Sólo es comprensible la historia en tanto se tiene en cuenta que su autor es el hombre (42). En este sentido, creemos que el motor (y la clave) de la historia radica en el hecho de que el hombre (los hombres) —en tanto toma conciencia de su realidad y de sus limitaciones— trata de realizar al máximo el proceso de su libertad, de su humanización o personalización (43).

---

(41) *Was der Mensch sei, erfährt er nur dur die Geschichte.* Véase, particularmente, a este respecto, W. DILTHEY: *El mundo histórico* (traducción de E. IMAZ, año 1948.)

(42) Remito, de manera especial, a la exposición a este respecto efectuada en el artículo «En torno al sentido de la Historia en el marxismo», anteriormente citado. Asimismo, remito a mis reflexiones en torno a la historia de las ideas y de los hechos sociales. Véanse, asimismo, las observaciones y opiniones de G. GURVITCH, *La vocación actual de la Sociología* (Méjico, 1953), JEAN LACROIX, *Marxismo, existencialismo, personalismo* (Barcelona, 1962), etc.

(43) *Id. id.* Y es, precisamente, esta perspectiva la que ayuda a calibrar con la mayor objetividad posible la gravedad del hecho, históricamente mantenido, de que el hombre trate, primeramente, de explotar a los otros hombres y que —tal como reseña Vilar— no actúe todavía globalmente, por medios científicos, sobre los recursos naturales. Sólo en función de la libertad puede medirse el fenómeno de la explotación del hombre por el hombre.

Las perspectivas apuntadas nos sitúan, por otra parte, no sólo en la complejidad de la fenomenología histórica, sino que, además, dan idea de la intrincada relación de elementos objetivos y subjetivos, personales y colectivos, humanos y estructurales, que promueven una plataforma de apasionamiento, de voluntarismos ilógicos, de reacciones emotivas, de sentimientos extemporáneos, de fricciones y luchas primarias, muy difíciles de calibrar y medir desde una perspectiva meramente económica.

En este sentido debemos también situar las líneas de trabajo que apuntaba Ch. Morazé: «Sufrimos continuamente múltiples influencias (...) Tratando siempre de equilibrar nuestros gustos y nuestros medios, nuestros recursos y nuestras necesidades, jamás podremos librarnos de las limitaciones que pesan sobre nosotros o que provienen de nosotros. Obtenemos meras aproximaciones, sin alcanzar nunca la plenitud de la satisfacción. Aunque somos bastante fuertes para luchar contra las fuerzas que pretenden abatirnos, no lo somos bastante para librarnos definitivamente de su amenaza. Avanzamos a tientas, construyendo nuestro camino, que, en general, no hemos escogido con plenitud de decisión. Esperando mucho y siendo capaces de concebir grandes acciones, nos vemos mantenidos a ras de tierra por la naturaleza y por los otros hombres. Tal es el hombre, y así debe concebirle el método que pretenda iluminar su evolución histórica» (44). Un método que debe tener en cuenta, por tanto (y desde un primer momento), la problemática objetiva y subjetiva de la vocación humana de libertad, tendente a moverse más allá de las líneas de la economía y abarcando unos anhelos insaciables de progreso y de totalidad, que dibujan —precisamente— esta característica decisiva del hombre, entendido como ser inteligente, nunca satisfecho y siempre dispuesto a ir más hacia adelante.

Historia social e Historia total

Indudablemente, pues, la teoría de la Historia debe afrontar una gama complejísima de problemas y matices, directamente vinculados al carácter complejísimo de la acción de los hombres (y de los grupos humanos), en función y tensión de su realidad de libertad y de su conciencia humana. La mencionada complejidad hace posible, por otra parte, la proliferación de atractivas tentaciones, máxime cuando casi

(44) Ch. Morazé, *ob. cit.*, p. 43.

institivamente se tiende a hacer de la Historia una metodología válida para explicar —desde posiciones ideológicas, socio-políticas y económicas muy distintas— todos los fenómenos que atañen al quehacer del hombre en la tierra (45). En este sentido, la mitología tiende a estar presente no sólo como elemento activo de la realidad histórica, sino también como fundamentación teórica de una visión y de una interpretación de la Historia. No sólo existe el mito como objetivo del conocimiento histórico, sino que la mitología puede ser (y es) una tentación en la que es fácil caer al elaborar las teorías y las explicaciones históricas, a partir de determinadas posiciones personales y en función, a veces, de determinados ilusionismos (46).

El afrontamiento de los problemas mitológicos en la Historia sólo puede ser auténticamente eficaz a partir de una perspectiva que sitúe dichos problemas en una plataforma, al propio tiempo, histórica y sociológica. La necesidad de dicha perspectiva, cada vez más sentida (47), ha conducido a la promoción de las corrientes de la Historia social, que [a a pesar de las críticas lanzadas por los historiadores económicos y totalizadores (48)] han ido encontrando, día a día, mayor audiencia, hasta el extremo de convertirse en un objetivo de la misma Historia económica (49). Una audiencia y un interés, por otra parte, ligado a los mismos puntos de partida, uno de los movimientos más característicos de la Historia económica, como lo es el francés (50).

---

(45) He venido trabajando, desde hace algún tiempo, en la confección de un «dossier» de material en torno a las vertientes mitologizadoras de la Historia.

(46) Creo muy válidas, en este sentido, algunas de las reflexiones propuestas por J. Vicéns Vives en la introducción a su *Aproximación a la Historia de España.*

(47) Trato de dicha perspectiva en «Sociología e Historia» *(Anales de Sociología,* en curso de publicación).

(48) Sin desconocer, no obstante, la gran parte de razón que les asiste al señalar defectos de extraordinaria importancia, en que incurren muchos sociólogos. En este sentido, Vilar —después de haber propugnado una «sensibilidad para el factor tiempo que sirva de protección contra todas las tentaciones "estructurales", "inmovilistas"»— propugna «una sensibilidad para la interacción continua entre los factores históricos, al mismo tiempo que una desconfianza sistemática hacia toda idea de causalidad unilateral», agregando que «economistas y sociólogos intentan el aislamiento de "modelos" movidos exclusivamente por impulsos internos, "endógenos"; la Historia es la observación atenta de todos los fenómenos». (P. Vilar: *Crecimiento y desarrollo,* pp. 12 y 13), etc.

(49) Sabido es, por otra parte, que Marc Bloch y H. Lefèbvre hablaron de la necesidad de una historia social profunda, que se ocuparía de la influencia ejercida por la geografía, la economía y las estructuras sociales, más que de las clásicas preocupaciones de la historia política (guerras, tratados, instituciones, etcétera). En la misma línea se sitúan, también, las preocupaciones básicas de investigadores como Braudel y Morazé o Simiand y Labrousse, especialmente este último.

(50) Concretamente P. Vilar no sólo señala la relación existente entre Historia, Sociología y Economía («No ignoro que en el estadio hoy alcanzado por las ciencias humanas, resulta difícil ser a la vez economista, historiador y sociólogo. Creo, sin embargo, que cada vez concebimos menos un historiador sin formación económica o un economista que pretendiera prescindir de las nociones ya edificadas por la Historia y la Sociología», en *Crecimiento y desarrollo,* p. 11).

En este sentido es interesante subrayar —por ejemplo— la paralela penetración en la Universidad de Barcelona de la preocupación por los estudios de Historia económica e Historia social a través de los contactos del profesor Vicéns Vives (q. e. p. d.) con el grupo de *Annales*. Concretamente, Vicéns Vives señalaba, en 1952, su interés por las dimensiones social y económica de la Historia, en una perspectiva total, de acuerdo con el enfoque de los historiadores franceses mencionados, subrayando el afán de dichos investigadores por conseguir mayores aproximaciones y mejores instrumentos metodológicos para conseguir la aprehensión de la concreta realidad, «fuera de los consabidos márgenes de la Historia política e institucional o de la frívola Historia ideológica, que con tanto ardor cultivó la ciencia alemana en las últimas décadas» (51). Y agregaba: «Cierta tendencia personal hacia idéntica consideración de la Historia nos ha hecho acoger con alborozo las manifestaciones del nuevo estilo historiográfico francés, que concentra sus focos en la búsqueda de cuanto es realmente importante en los repliegues del pasado, y no sólo de lo que es aparatoso y espectacular. Por ello entendemos la usual relación de grandes efemérides políticas y sociales, el brillante desfile de las personalidades creadoras y, además, la falsa humildad del estudio de las corporaciones institucionales del pasado (...) Buscar al hombre —he aquí la divisa de la moderna escuela francesa—. O, mejor dicho, buscar a los hombres. Verlos cómo actúan en su impetuosa carrera hacia un mejor bienestar moral y espiritual; asistir al desarrollo de las encontradas acciones y reacciones que constituyen y modelan su presencia en la sociedad; comprobar cómo van tejiendo el cúmulo de realizaciones técnicas y designios ideológicos que integran el progreso humano; he aquí el modo de cercar en reducidos límites la vida misma, con el objeto de analizarla a fondo en la primordial tarea del investigador» (52).

La preocupación por el enfoque de la Historia social aparece complicada; sin embargo, desde hace mucho tiempo, por las interferencias derivadas de la complejidad de la problemática científica de la Sociología (53), condicionando en parte el auge del papel desempeñado por la Historia económica y explicando también el hecho de que hayan surgido determinadas supervaloraciones, como ocurre, por ejemplo, con

---

(51) J. Vicéns Vives, prólogo a Ch. Morazé, *Principios generales de Historia, Economía y Sociología*, p. 5.

(52) *Id. íd.*, pp. 5 y 6.

(53) Remito particularmente, en este sentido, a las observaciones de Ch. Morazé, G. Gurvitch y Vilar en las obras anteriormente citadas. Asimismo creo interesantes las reflexiones de E. Morin en *Sociología y marxismo* o las referencias efectuadas en el Congreso de Evian por autores como Adam Schaff *(De la verité objetive en sociologie)* o A. Konstaninov *(Sociologie et ideologie)*, etc.

el propio Morazé, que efectúa una peligrosa y ambigua simplificación de las perspectivas de la Historia social, a partir —precisamente— de la crítica efectuada a las limitaciones de la Sociología clásica: «La Sociología ha fracasado en su objetivo por haber descuidado el problema de las estructuras. Sin duda, la Sociología ha creado una morfología; pero se trata de un simple estudio de formas, o sea de los aspectos externos de la producción y la distribución, y no de un estudio de los regímenes que caracterizan el papel humano de los distintos factores de dichos procesos. Ahora bien, no basta considerar el estado material de los hombres o de los grupos humanos para apreciar sus reacciones; es necesario, además, tener en cuenta el grado de conciencia que tienen de su papel en la vida económica. La estructura social, tal como la concebimos, no sólo es una jerarquía de fuerzas morales, sino una jerarquía de fuerzas materiales, y desde este punto de vista el problema del régimen económico nos parece mucho más importante que el de la forma. Reconozcamos, pues, que el problema social es esencialmente un problema de distribución de todos los valores, o sea no sólo de las riquezas materiales, sino también de las morales. Una vez establecido este principio, no hay obstáculo para admitir que su estudio puede comenzarse con provecho por las condiciones materiales y, por decirlo así, mecánicas de esa distribución. Es el aspecto más sencillo y que se capta con mayor rapidez. Por ejemplo: el desarrollo de las vías y medios de comunicación, ya se trate del transporte de mercancías, ya de la transmisión del pensamiento. En este terreno, observamos que el progreso de los ferrocarriles y de la prensa ha desempeñado un papel tan importante en la mejora de la condición obrera como la elevación nominal del salario, de lo que se deduce que el conocimiento de las condiciones generales de la vida humana debe preceder al estudio de las cuestiones sociales. Por esta causa la Historia económica alcanza una categoría primordial» (54).

Prosiguiendo su exposición, especifica Morazé —por otra parte— que «no hay que olvidar, desde luego, que si bien lo económico desempeña la función esencial, las influencias sociales repercuten a su vez sobre el desarrollo económico», concretando, a dicho respecto, el caso de un ejemplo de tipo salarial, muy ilustrativo en base a la estrecha relación existente entre lo propiamente económico y lo que se considera como social: «Si la mejora de las condiciones de producción puede normalmente conducir a un alza de salarios, porque el patrono puede temer la pérdida de una mano de obra insuficientemente remunerada, la cohesión social de los obreros de un gran establecimiento puede forzar la obtención del mismo resultado», lo cual le lleva a reco-

(54) Ch. Morazé: *Ob. cit.*, pp. 16 y 17.

nocer que en el «último caso, la intervención de un factor social, la conciencia de una solidaridad económica, dan una dirección nueva a la gestión de la empresa», fenómeno que le obliga a señalar, finalmente, que, «de hecho, progreso económico y progreso social están en estrecha relación» (55).

La tendencia a establecer una sobrevaloración de lo económico, tal como ha quedado apuntada en el caso anterior, se encuentra muy condicionada, según hemos indicado antes, por los problemas científicos de la Sociología (56), que han sido particularmente criticados por numerosos historiadores económicos y que han merecido, por ejemplo, comentarios muy concretos de Pierre Vilar (57). Sin embargo, las mismas objeciones que han venido siendo efectuadas a los métodos de trabajo de la Sociología clásica y, más concretamente aún, a los enfoques y perspectivas de la historia social, podrían ser aplicadas a la Historia económica, al propio tiempo que del análisis de los defectos y de las posibilidades de ambas metodologías puede surgir un replanteamiento de la vocación de totalidad de la Historia social, considerada, contradictoriamente, según textos de autores, como Morazé y Vilar, como un escalón posterior a los estudios básicos de índole económica (58). Precisamente esta posición aventajada de la Historia social es reconocida desde la época de Marx por todos los historiadores e investigadores de las realidades sociales y económicas, al subrayar la importancia capital del estudio de la evolución histórica de las clases sociales y sus conflictos (59).

Dejando para otra ocasión el análisis de las contradicciones de cierto enfoque marxista de la Historia (que, tras proclamar la necesidad fundamental de estudiar las realidades históricas clasistas y sus antagonismos, a partir de las relaciones de producción, se preocupa más de las formas de producción y de la fenomenología del crecimiento económico que no de las características concretas de las relaciones de producción, de su influencia sobre las diversas clases, de los rasgos y evolución de las mismas, de los problemas derivados de los conflictos clasistas, etc.), creo que, ante la «inflación» de las tendencias econó-

(55) *Ibíd.*, pp. 17 y 18.

(56) Remito, de manera especial, a las polémicas de G. Gurvitch: *Ob. cit.*, y a las reflexiones planteadas por diversos trabajos y artículos de H. Lefèbvre, L. Goldmann, L. Althusser, E. Morin, etc.

(57) Véanse, por ejemplo, las observaciones efectuadas en el artículo «Marxisme et Histoire», ant. cit. (en su traducción en *Crecimiento y desarrollo*, remite especialmente a las pp. 476 y 477.

(58) Véanse las referencias anteriores a este respecto. Concretamente, Vilar insiste en la validez de la metodología coyuntural como base en la que fundamentar «la más profunda historia social» (*La Catalogne dans l'Espagne moderne*, tomo 7, p. 17).

(59) Cfr. con lo expuesto en mi artículo «En torno al sentido de la Historia en el marxismo», ant. cit.

micas, más o menos totalizadoras (y que cobran mayor énfasis debido a la «moda económica» que caracteriza a nuestra época), es preciso insistir en algo que el propio Marx subrayó adecuadamente, a saber: que lo económico es sólo un aspecto de lo social; más aún, lo económico es un medio, un instrumento de los hombres para organizar su vida social. Un medio capital, imprescindible y básico, cuyo funcionamiento condiciona las posibilidades de realización humana, pero —al fin y al cabo— sólo un medio para la organización de la vida social y el desarrollo de las vocaciones humanas (60); de forma que constituye, pues, únicamente un aspecto —fundamental e importantísimo— de la realidad social, la cual, a su vez, presenta una gama de fenómenos muy distintos de los meramente económicos, ligados, por ejemplo, a los anhelos e intereses intelectuales y espirituales de los hombres que componen la sociedad.

Volviendo, pues, a viejas cuestiones, que ya hemos expuesto anteriormente con cierto detalle, la problemática de las vocaciones humanas se sitúa en un primer plano insoslayable a la hora de plantear a fondo —desde el punto de vista «social»— un enfoque «total» de la Historia. En este sentido, el propio Morazé ha señalado que, «en el origen de las grandes cuestiones históricas hemos hallado esos problemas de la vida cotidiana, cuyo sentido hay que intentar esclarecer (...) El hombre trabaja para su felicidad; felicidad que funda, sin duda, en el descubrimiento de un ideal unas veces más elevado que otras, pero subordinado también, en la inmensa mayoría de los casos, a la satisfacción más o menos refinada de las necesidades inmediatas de su naturaleza. Y en la realidad, estas dos preocupaciones son difícilmente separables. Una mayor elevación de espíritu puede hacer más delicado el gusto, así como una solución más fácil de los problemas vitales puede conducir a la elevación del espíritu» (61). La Historia social debe y puede abarcar esta panorámica de los problemas de la vida cotidiana y de los impulsos personales que actúan en el marco de la Historia. En este sentido, concretamente, la sociología de la Historia no puede desvincularse de los factores psicológicos, situándolos dentro de una perspectiva de Historia total. Los fenómenos de la psicología individual deben quedar reflejados en el marco de la historia social, recogiendo, por ejemplo, el papel de la doble influencia anteriormente expuesta, que hace variar «hasta el infinito los caracteres de la psicología individual».

Indudablemente, el concepto y la perspectiva de una historia social entendida, no como una forma enmascarada de las viejas y desacre-

---

(60) *Ibid.* Véase asimismo mi exposición acerca de la historia de las ideas y de los hechos sociales, ant. cit.

(61) Ch. Morazé: *Ob. cit.*, p. 25.

ditadas fórmulas de la historia política, sino como una plataforma de estudio y de comprensión de la realidad social a través de los tiempos, permiten una positiva aproximación a los objetivos ideales de una Historia total, no sólo en tanto la historia social —si hace verdaderamente honor a su definición social— se sitúa en un nivel que incluye necesariamente las perspectivas y metodología de la historia económica [apuntando al estudio de los fenómenos sociales que, desde principios del siglo XIX, han venido constituyendo el eje de la problemática de explicación de la realización humana de libertad (62)], sino también en tanto el análisis y la interpretación de los fenómenos sociales no puede realizarse satisfactoriamente sin tener en cuenta, junto a los factores de sensibilidad constitutivos —según Vilar— de la «triple educación del historiador» (63), las perspectivas y aportaciones no sólo de la Sociología, sino de una gama de ciencias que van desde la psicología y la psicología social hasta la filología, situando la necesidad de una visión y una realización que tenga en cuenta el papel de las ideas y la dimensión del espíritu en la realización histórica (64).

En otras palabras, la historia social puede (y debe) conciliar un distanciamiento entre visiones históricas que deben complementarse (distanciamiento bastante bizantino y fundamentado en perspectivas excesivamente unilaterales), surgido —por una parte— a causa de una excesiva sobrevaloración del papel primordial de lo económico (un papel determinante que, por otra parte, es imposible negar), llevando a olvidar —o a minusvalorar— una serie de facetas de la acción y la realidad humanas, en una realización práctica muy distinta de los objetivos ideales propuestos. Y por otra, a causa de una indiferencia o insensibilidad ante el papel fundamental de la realidad económica, condicionando no sólo las relaciones sociales (de producción o no), sino, además, interfiriéndose, de forma decisiva, en las posibilidades de realización individual. En este sentido, es posible afrontar una realización histórica que, recogiendo la aportación de la Historia económica, supere los peligros de una Historia abstracta (limitada sólo a la reseña de actividades de «grandes hombres» y de grandes efemérides), aproximándose cada vez más a la realidad de todos y cada uno de los hom-

---

(62) Remito a lo expuesto en mis artículos sobre el sentido de la Historia en el marxismo y la historia de las ideas y los hechos sociales, ant. cit.

(63) P. VILAR: *Crecimiento y desarrollo*, pp. 12 y 13.

(64) A este respecto, por ejemplo, señala Morazé: «Las doctrinas son factores de evolución (...). Una doctrina (...) nacida en la coyuntura presente tiende a conservarla o, por lo menos, a mantener las condiciones de su evolución. Las doctrinas secundarias pueden representar, por su parte, la pervivencia de relaciones económicas antiguas o, por el contrario, surgir de reacciones recientes, reflejando así el progreso de un nuevo problema y tendiendo a hacer prevalecer su solución frente a cualquier otra. Así actúa el espíritu, el cual es, a la vez, producto del pasado y factor del porvenir» *(Principios generales,* pp. 15 y 16).

bres (65), al propio tiempo que, teniendo en cuenta la relación dialéctica entre ideas y hechos (66), salve los peligros de una «deshumanización por exceso de análisis económico-numérico», valorando debidamente las manifestaciones históricas de tipo ideológico, subjetivo y espiritual. Una realización histórica, en fin, situada en una perspectiva de apertura a todo aquello que pueda hacer más completo el conocimiento de la historia humana.

Historia y progreso humano

Los caminos diversos seguidos por la historiografía contemporánea muestran, pues, el peso y el impulso derivados de la conciencia de la ...vocación histórica a la totalidad. La Historia total aparece, cada vez más, como una meta y una necesidad indiscutible, respondiendo al deseo de conocer hasta el más mínimo detalle posible, todos los pormenores y circunstancias que componen y acompañan la aventura humana de progreso. Una vocación de totalidad, por otra parte, compatible (y al propio tiempo lógicamente condicionada y condicionante) con la definición creciente —y necesaria— de una serie de especializaciones históricas, capaces de aportar datos cada vez más exactos y precisos, facilitando el conocimiento de todos y cada uno de los aspectos constitutivos de la compleja realidad. Es evidente, en este sentido, que a medida que aumenta la profundidad y seriedad de las ramas especializadas, no sólo se acrece efectivamente el contingente de conocimientos históricos sino que, además, se afirma la necesidad de conseguir un conocimiento lo más exacto posible de cada aspecto monográfico, junto con una inseparable preocupación por encontrar «explicaciones» y «aproximaciones» lo más totales posibles a la realidad histórica. Una necesidad y una preocupación indisolublemente unidas a la urgencia, cada vez más apremiante, de elaborar una teoría de la Historia que responda satisfactoriamente a la amplia gama de cuestiones que dicha ciencia tiene planteadas en la actualidad. En el seno de esta plataforma compleja, precisamente, adquiere pleno sentido la definición de Vilar: «La Historia es la observación atenta de *todos* los impulsos. Hay que organizar tal observación. Es necesario "razonar" la historia primero. "Ra-

(65) «Intentamos captar la realidad viva del pasado y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común», escribió Vicéns Vives en el primer punto del programa de acción metodológica, publicado en el número inaugural de *Estudios de Historia Moderna,* Barcelona, 1951. Véase, asimismo, la ratificación de dicha exposición en *Aproximación a la Historia de España,* Barcelona, 1952, 18 edición, pp. 14 y 15.

(66) Remito, a este respecto, a las referencias efectuadas en mi artículo sobre la historia de las ideas y los hechos sociales, ant. cit.

cionalizarla" será tarea del porvenir» (67). En este sentido, va perfilándose la tarea del historiador, al propio tiempo que el esfuerzo en pro de una mayor concreción, descubre continuamente la creciente complejidad de la ciencia histórica.

Situados en la perspectiva antedicha, las exigencias de una tarea intelectual honesta y eficaz dibujan, pues —de manera indiscutible (y planteando unos interrogantes de alcance fundamental)—, la necesidad de definir una plataforma elemental de trabajo y de enfoque, ya que tanto los imperativos de la especialización como de la síntesis plantean (en el ámbito anteriormente citado) la urgencia por precisar conceptos y situar objetivos, especialmente en torno a la problemática de la noción de progreso humano: ¿Qué entendemos por progreso? ¿Cómo se mide este progreso? ¿Hacia dónde se dirige el progreso humano?

Una serie de interrogantes que empalman, por otra parte, con el conjunto de problemas que, en el presente, tienen planteados los eco-

---

(67) *Crecimiento y desarrollo*, p. 12. Por otra parte, Vilar ha concretado su metodología de la siguiente forma: «La objetivación de lo subjetivo en el nivel estadístico es la base de todo estudio científico de lo social. Intentemos, pues, resumir el oficio del historiador, la materia de la Historia: 1. El objeto del historiador: las sociedades humanas en movimiento. 2. La materia del historiador: *a)* la estadística social estructural: el *corte* sincrónico a través de los grupos, de las clases, de las categorías. *b)* La estadística económica coyuntural: la *curva* —la de la población, la de los salarios, la de los ingresos (...)—. *c)* La estadística intelectual, es decir, el análisis estadístico y cronológico, coyuntural, de la aparición y de la frecuencia de los conceptos, de las palabras; la semántica medida con los números. *d)* El plano de las instituciones y de los acontecimientos: más clásico, pero que no se ha de despreciar, pues las instituciones representan la estabilidad de lo social y el acontecimiento lo movido, lo inesperado de la Historia». *La Historia, ciencia del hombre,* conferencia pronunciada en la Facultad de Ciencias Económicas. Barcelona, 1967. Por su parte —según hemos señalado ya—, Vicéns Vives dibujaba brevemente el impulso dinámico que debe presidir el oficio del historiador con las siguientes palabras: «Buscar al hombre (...). O, mejor dicho, buscar a los hombres. Verlos cómo actúan en su impetuosa carrera hacia un mejor bienestar moral y espiritual; asistir al desarrollo de las encontradas acciones y reacciones que constituyen y modelan su presencia en la sociedad; comprobar cómo van tejiendo el cúmulo de realizaciones técnicas y designios ideológicos que integran el progreso humano; he aquí el modo de cercar en reducidos límites la vida misma, con objeto de analizarla a fondo en la primordial tarea del investigador» (prólogo a *Principios generales*, página 6). Situando, por otro lado, la compleja cuestión de la objetividad, anteriormente apuntada por Vilar, creo interesante recordar el significativo e ilusionado deseo de Vicéns Vives, en pro de la consecución de la absoluta posibilidad de enfoque imparcial de la Historia. Así, escribió textualmente: «No nos sentimos, por tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de finalidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común» *(Estudios de Historia Moderna,* núm. 1, y *Aproximación a la Historia de España,* 1.ª ed., pp. 14 y 15). Palabras que se complementan, por otra parte, con la justificación de la «aproximación» a la historia hispana efectuada, asimismo, por Vicéns Vives: «Sólo intentamos «aproximarnos» (...), pues sabemos que de ella nos separan, por lo menos, tres generaciones de estudiosos, ampliamente subvenidos en sus atenciones, dueños de un método impecable y decididos a prescindir en absoluto de las sucesivas contingencias de orden político e ideológico que les afecten» *(Aproximación,* 1.ª ed., p. 7).

nomistas, sociólogos, filósofos y todas aquellas personas que, de alguna manera, sienten la necesidad de estudiar las realidades humanas y situar el sentido de la presencia y la acción del hombre en el mundo, trabajando y desviviéndose en pos de unos objetivos de promoción de felicidad, estrechamente ligados a los imperecederos ideales que —desde el comienzo de la historia— han presidido la aventura humana (68). Resumiendo, nos encontramos ante la urgencia de un estudio de las realidades humanas y una situación del sentido de la aventura del hombre en el mundo, planteados precisamente en función de la tendencia de humanización creciente, manifestada como realización de una irrenunciable vocación a un avance continuo —a un progreso constante— en la consecución de mayores y más válidas plataformas de realización de posibilidades concretas de libertad.

En esta perspectiva, la noción de progreso adquiere, pues, una dimensión fundamentalmente humanista, que va mucho más allá de las perspectivas tecnificadas de determinadas interpretaciones del significado de conceptos ambiguos como los de crecimiento y desarrollo. En este mismo sentido, Vilar ha subrayado la complejidad de las nociones mencionadas de crecimiento y desarrollo y, al relacionarlas con el sentido del progreso, ha señalado: «Importa no caer en falsos optimismos. También se traiciona a la historia cuando se imagina que el progreso técnico lleva, sin más, y por su único impulso, hacia el crecimiento "autosustentado" de la humanidad, sin otro peligro que la existencia de unos demonios rojos, negros o amarillos» (69). Las realizaciones científico-técnicas y económicas motivan —a través de lo que conoce-

---

(68) Significativamente se pregunta Vilar: «Cuando filósofos y sabios, sociólogos y economistas se reúnen para preguntarse acerca de los criterios y de las condiciones del progreso humano, ¿tiene el historiador un lugar entre ellos?» Respondiendo al respecto: «Desde el momento en que la estática cede el paso a la dinámica, y la observación limitada al comparativismo amplio, toda ciencia humana vuelve a ser *histórica*, como por definición (...). Es aquí donde el historiador puede desempeñar su papel. Si bien no tiene por qué intervenir en la elaboración de las fórmulas y de los cálculos planificadores que presidirán el desarrollo armónico de un mundo cada vez más amplio, tiene mucho que decir, por el contrario, sobre las condiciones previas a la aplicación y a la realización de estas fórmulas y estos cálculos. Ya que estas condiciones corresponden al *análisis histórico* y no a la economía pura. Si sucede que en sus teorías sobre el desarrollo los economistas o los sociólogos simplifican con exceso, maltratan, deforman la Historia, la crítica del historiador será útil, será constructiva desde el punto de vista mismo del desarrollo» *(Crecimiento y desarrollo,* páginas 495-496). Por otra parte, ha declarado Vilar: «El ataque —o la incomprensión o la ignorancia— hacia la ciencia histórica, hacia sus recientes progresos, sería la mejor manera de entrar en la era del átomo y del espacio desprovistos de experiencia, de previsión y de saber eficaz» *(La historia, ciencia del hombre.* Conferencia en la Facultad de Económicas, Barcelona, 1967).

(69) *Crecimiento y desarrollo,* p. 22. Y agrega, más adelante: «El progreso, que es más que el "crecimiento", será una conquista de la historia, realizada en cuanto *todos* los factores (así como *todos* los riesgos) sean tomados en cuenta por la ciencia —y por la conciencia— del hombre» *(ibídem).*

mos como progreso técnico— unos avances concretos y positivos (70) que, sin embargo, no acaban de proporcionarnos *todo* el sentido del progreso. Un sentido y un significado que, tal como ha señalado François Perroux, se encuentran estrechamente vinculados a las posibilidades de realización de libertad para cada hombre concreto. Un sentido del progreso, en fin, que sólo puede adquirir una auténtica y satisfactoria significación a través de las conquistas reales de hitos más logrados de humanización (71).

Así, pues, empalmando con anteriores consideraciones, al subrayarse la relación directísima entre el sentido de la historia y la realización del progreso humano, vuelve a aparecer —en un primer plano— el pa-

---

(70) Vilar ha escrito concretamente a este respecto: «Uno sólo entre los factores del crecimiento está en pugna victoriosa con la ley de los rendimientos decrecientes, con la existencia de «techos» (o límites) biológicos, y con las contradicciones destructoras. Este factor es el *progreso técnico,* expresión de la conquista de la naturaleza por el hombre, y expresado a su vez por la productividad del trabajo» *(Crecimiento y desarrollo,* p. 14). El propio Vilar ha comprendido la peligrosa restricción que de la noción de progreso podría derivarse de la lectura del párrafo anterior y ha señalado en otro lugar: «Si reflexionamos sobre el progreso humano, notamos bien que toda eficacia radica no en la voluntad, ni en la buena voluntad de los hombres, sino en la ciencia, y en la técnica de intervención de las ciencias (...). La ciencia es el auténtico motor del destino de la humanidad». Agregando seguidamente: «La ciencia transforma el destino del hombre a largo plazo, pero como decía lord Keynes, a largo plazo todos habremos muerto. El descubrimiento de la fisión atómica quizá permita al hombre del siglo XXI una vida de holgura y esparcimiento, pero quedó impreso un día del verano de 1945, en la carne de los niños de Hiroshima. Y el nombre que pesaba sobre nuestras vidas no se llamaba Einstein, se decía Hitler. La tecnología pone al desnudo el modo de acción del hombre sobre la naturaleza, pero la política y la guerra ponen al desnudo el modo de acción del hombre sobre el hombre. Por esto se ha de constituir una ciencia del hombre junto a la ciencia de las cosas.» Véanse, asimismo, otras precisiones de P. Vilar a este respecto en la *Semana del pensamiento marxista,* de París, 1964.

(71) Remito a este respecto, a las reflexiones que he efectuado en diversos trabajos, especialmente en *Rodes de molí* (Barcelona, 1964; versión castellana en curso de publicación) y *Mitología del neocapitalismo* (Madrid, 1966). Por su parte, autores como Ch. Morazé no sólo han señalado que «la ciencia no es siempre el único factor del progreso» *(ob. cit.,* p. 39), sino que, situando una fundamental y difícil perspectiva del conocimiento histórico, han afirmado: «El espíritu impera. Es la fuerza motriz que impulsa al hombre a esa lucha mediante la cual quiere dominar el mundo. Su victoria es la del hombre; su derrota, la del hombre mismo» *(ibídem,* p. 209). «Cierto es que el espíritu se halla, a su vez, sujeto a la acción de las influencias materiales; pero por muy fuertes que éstas sean, no pueden obrar milagros. La razón tiene sus propias leyes, sus normas de progreso, su ritmo de marcha. Ningún descubrimiento científico puede nacer sin haber sido preparado por largos trabajos previos, que han podido absorber los esfuerzos de varias generaciones. Este ritmo propio del espíritu nada en el mundo puede cambiarlo. Lo que lo acelera es la solidaridad espiritual» *(ibídem,* p. 105). Asimismo, se pregunta Morazé: «El gran problema humano reside en esto: ¿hasta qué punto aprovecha la masa el progreso del espíritu? ¿Cómo evitar que las concepciones del espíritu pierdan algo de su primitiva nobleza en contacto con las realidades deformadoras de la vida de aquellos que permanecen sujetos a las dificultades naturales?» Es evidente, por otra parte, que el enfoque de dicho interrogante es altamente discutible y que Morazé padece aquí una deformación idealista que le aleja del verdadero sentido de la dialéctica del progreso. Pero ello constituye otra cuestión.

pel de la vocación de libertad. El progreso sólo tiene sentido (únicamente puede ser aceptado como tal) cuando su realidad permite a los hombres —a núcleos, cada vez más amplios, de hombres concretos— acceder a plataformas cada vez más aptas para favorecer la realización de sus anhelos de personalización. Es, precisamente, en este sentido, como adquiere plena significación la conocida propuesta de Morazé: «La Historia debe ser estudiada en función del hombre, beneficiario y factor de progreso. Aunque no sea necesariamente la medida de todas las cosas, al menos sólo por él adquieren su valor» (72). En otras palabras, si todo progreso debe humanizar, asimismo sólo a fuerza de mantener un sentido fuertemente *humanista,* junto a unas profundas exigencias con referencia a los conocimientos socio-económicos, podrá la ciencia histórica conseguir una auténtica plataforma de «totalidad» (73).

ANTONIO JUTGLAR
Escorial, 50
BARCELONA

(72) *Ob. cit.,* p. 108. Véase, por otra parte, la exposición del mismo autor en *La logique de l'Histoire.* París, 1967.

(73) Un humanismo que, por otra parte, debe situarse en la línea de replanteamiento que hace años señalaba Vicéns Vives: «Al rehacer la configuración de su propia historia, utilizando los nuevos métodos (...), el historiador español ha de contribuir con su aplicación a perfilar la metodología del futuro, sobre la que hoy continúa debatiéndose en los medios más progresivos del extranjero. El problema a resolver es el de la integración de los procedimientos demográfico, sociales, económicos y psicológicos —apoyados en la estadística— en un todo capaz de ser denominado «método de las ciencias del hombre» *(Aproximación a la Historia de España,* 2.ª ed., p. 20).